

dad que debía de reinar entre hermanos. Añadió que me equivocaba acusándole de maquinaciones tan pérfidas, que sin duda habia entre nosotros un mal entendido que se aclararía en una explicacion amistosa.

—En cuánto á vuestros derechos, prosiguió, me parecia y me parece aun, hermano mio, que los habeis perdido. Tal vez este es asunto que debiera examinar la comunidad, pero basta me hayais acusado de tener vuestra candidatura para que procure lo antes posible sincerarme de una sospecha tan penosa para mí, y para ello declaro que deseo teneros inmediatamente por competidor. Suplico pues á toda la comunidad que deponga toda acusacion contra vos y que os permita depositar vuestro voto en la urna, luego que se haya verificado un nuevo escrutinio sin examinar si vuestros derechos son ó no contestables. No solo lo suplico sino que en caso necesario lo mandaré, pues mientras se espera el resultado de vuestra candidatura, soy el gefe de ésta asamblea.

Este mañoso discurso fué acogido con aclamaciones pero me opuse á que se empezase de nuevo la votacion en aquella sesion. Declaré que queria entrar en retiro y que puesto que los otros se habian contentado con tres dias, aun cuando eran cuarenta los prescritos, yo tambien me daría por satisfecho; pero que con ningun pretexto creía poder dispensarme de aquella preparacion.

Donaciano habia ido demasiado adelante para poder retroceder y así fingió sufrir este contratiempo con calma y humildad. Suplicó que no se opusiese nadie á mis deseos; habianse suscitado efecti-

vamente algunos murmullos contra mi obstinacion, pero no tantos como él esperaba. La curiosidad que es el elemento vital de los conventos, se habia excitado hasta el mas alto grado por ese misterio que quedaba entre ambos. Mi desaparicion habia extrañado á algunos y por lo tanto antes de colocarse bajo el dominio de un nuevo gefe tan benigno y meloso en apariencia como Donaciano, querian adquirir algunas nociones mas sobre su verdadero carácter. Nadie parecia mas apropósito que yo para proporcionarlas. Su moderacion para conmigo en público, en medio de una crisis tan terrible para su orgullo y su ambicion fué juzgada sublime por algunos, sensata por otros y extraña y de mal agüero por los mas. Su eleccion habia sido combatida por treinta votos que no habian estado acordes en la eleccion de candidato. Era evidente que iban á recaer sobre mí. Tres dias de nuevas reflexiones y mas amplios informes podian separar muchos partidarios. Todos lo comprendieron así y la mayoría sorprendida y alucinada por la precipitacion de la mayoría, se alegró del retardo ocasionado por mí.

Una hora despues de terminada aquella borrascosa sesion, mi celda estaba asediada por mis partidarios porque, apesar mio, tenia un partido y muy ardiente. Donaciano estaba bastante odiado y debo decir en honor de la verdad que todos los menos envilecidos y corrompidos de la abadía estaban contra él. Apagóse mi cólera, pero los ofrecimientos que recibia no despertaban en mí ningun deseo de poder monacal. Yo era ambicioso, sí, mas era mi ambicion tan vasta como el mundo, la

ambicion de las cosas sublimes. Yo hubiera querido construir un monumento hermoso de ciencia ó de filosofia, descubrir una verdad y promulgarla, producir una de esas ideas que llenan y ponen en movimiento á todo un siglo, gobernar en fin toda una generacion, pero desde el retiro de mi celda, sin manchar mis dedos en el lodo de los asuntos sociales, reinar por la intiligencia sobre los espíritus, por el corazon sobre los corazones, en una palabra vivir como Platon ó Espinosa; de esto á la fútil gloria de mandar á cien frailes embrutecidos habia mucha diferencia. La pompa mezquina de tal destino llenaba mi alma de disgusto, pero comprendí el provecho que podia sacar de mi situacion y acogí á mis partidarios con prudencia. Antes de que fuese llegada la noche los treinta votos que habian resistido, los tenia ya á mi favor. Donaciano quedó mas irritado que asustado. Vino á buscarme á mi celda y trató de intimidarme diciéndome que si me retiraba de la candidatura no hablaría de mis herejias que le eran bien notorias, que todo podia arreglarse honrosamente para mí y tranquilamente para él, si me contentaba con la pequeña victoria alcanzada por el retraso de su eleccion, pero que si intentaba disputarle el priorato, daría á conocer cuales eran mis ocupaciones, mis lecturas y hasta mis pensamientos desde mas de cinco años. Me amenazó en descubrir el fraude y la desobediencia en que habia vivido todo aquel tiempo, ocultando libros prohibidos y nutriendome durante los santos oficios y en el templo mismo del Señor, con las mas infames doctrinas.

La calma con que arrostré aquellas amenazas

le desconcertó mucho. Sin duda trataba de hacerme hablar sobre mis creencias; tal vez habia colocado testigos detrás de la puerta, para que en un momento de ira me oyeran apostatar. Pero estuve muy sobre si y ví en aquella circunstancia cuánta superioridad tiene el hombre sencillo sobre el más astuto, cuando á este le muevan pasiones infames. No estaba yo adiestrado en el arte de intrigar, como ese cauteloso y pícaro fraile; mas el desprecio que sentia hácia ese puesto por el cual él luchaba, me daba todas las ventajas. Estaba armado de una sangre fria á toda prueba y mis respuestas llenas de calma desmontaban cada vez mas á mi adversario. Retiróse muy turbado diciéndome en un tono amargamente jovial que hasta aquel momento no me habia conocido; creyéndome embebido en mis libros y no pensando nunca que fuese yo capaz de obrar con tanta prudencia y cálculo en mis asuntos temporales. Añadió con sorna que hacia fervientes votos para que mi ortodoxia en materia de religion le fuese bien demostrada, porque en ese caso le parecia el mas apropósito de todos para gobernar bien la abadía.

Al dia siguiente mis treinta partidarios maquinaron tan bien que mas de quince miedosos que por temor se habian echado en el bando de mi rival, se separaron. Donaciano era el hombre mas temido y odiado de la comunidad, pero tenia á favor suyo á todos los ancianos cuyos vicios ofrecian á su secreto ateismo todas las garantías deseables. El mayor azote de un convento, es un gefe sinceramente devoto. Con él, la regla que tanto odian y temen los frailes, está siempre vi-

gente y á cada instante viene á turbar los dulces hábitos de pereza ó de intemperancia; el ardiente celo de un prior francamente religioso, tratando de restablecer nuevamente las prácticas austeras y una vida de privaciones y trabajos, suscita mil diarias molestias. Donaciano sabia presentar las apariencias de una fé muy viva entre los pocos fanáticos; con los indiferentes que eran los mas, sabia sin comprometer la dignidad de la regla y sin prescindir de aquella apariencia de fervor, proporcionar á cada uno pretexto para su libertinage. Con estos medios, su autoridad no tenia límites para el mal; esplotaba los vicios ajenos en provecho de los suyos propios. Ese modo de gobernar á los hombres aprovechándose de su corrupcion, es de infalible éxito y si fuese favorito de un rey, se lo aconsejaria.

Peró lo que contrabalanceaba la autoridad naciente de Donaciano, era lo que sabia de su carácter vengativo. Los que alguna vez le habian ofendido tenian motivo para arrepentirse mucho tiempo de ello y temian con razon que al recibir el báculo, el prior no olvidase las antiguas rencillas de simple hermano. Por tal razon se habian afiliado á su partido y por temor, los débiles, pues le creyeron muy poderoso y no quisieron que andando el tiempo los castigase por haber trabajado contra él.

Desde que estos pusilámines vieron formarse otro poder contra él, poder que ofrecia algunas garantías, se inclinaron fácilmente de mi lado y al tercer dia tenia ya una mayoria considerable. No me es fácil explicarte, Angel mio, cuanto sufrí

interiormente por aquella comun preferencia fundada en el interés y en el egoismo y cubierta con el mentido velo del aprecio y del afecto. Las repugnantes caricias de aquellos cobardes me daban náuseas; por otra parte las protestas de los intrigantes que se prometian reinar en mi lugar, mientras yo estaria absorto en mis especulaciones científicas me causaban disgusto y desprecio.

—Triunfareis me decian con aire vilmente orgulloso al salir de mi celda.

—¡Dios me libre de ello! exclamaba yo, cuando ya no podian oirme.

El dia de la eleccion, Donaciano vino á despertarme antes de romper el alba.

—Dormís como un triunfador me dijo ¿estais pues seguro de haber alcanzado la victoria?

Afectaba mucha calma, pero su voz estaba trémula y la turbacion que en todo él se notaba revelaba las angustias de su alma.

—Duermo con una doble seguridad, le contesté sonriéndome; la del triunfo y la de la mas perfecta indiferencia hácia ese mismo triunfo.

—Hermano Alejo, repuso él, representais comedias con un arte que excede á cualquier elogio.

—Hermano Donaciano, repliqué, no os equivocais. Represento una comedia, pues solicito sufragios que no pienso aprovechar á A que precio, que-reis pagarmelos?

—Cuales serian vuestras condiciones? dijo fingiendo seguir la chanza; pero sus lábios palidecieron por la emocion y sus ojos brillaron de curiosidad.

—Mi libertad, contesté; nada mas. Amo el estudio y aborrezco el poder; asegúradme la tranquilidad y la mas absoluta independencia en el retiro de mi celda; dadme las llaves de todas las bibliotecas, confiadme el cuidado de todos los instrumentos de física y astronomia y la direccion de los fondos aplicados á su conservacion por el fundador; dadme además la celda del observatorio abandonada desde la muerte del último monge astrónomo; dispensadme en fin de los oficios, y á ese precio podreis considerarme muerto. Yo viviré en mi observatorio y vos en vuestra silla abacial, sin que nunca exista nada de comun entre los dos. A la primera vez que yo me meta en algun asunto temporal, os autorizo para que me volvais á hacer entrar en la regla, pero tambien al primer enredo temporal que me susciteis, prometo mostraros que no carezco de influencia. Cada tres años cuando se renueve vuestra eleccion, renovaremos igualmente nuestro contrato, si es que mis proposiciones os parecen admisibles. ¿Prometeis? Vamos despacháos. ¿No ois la campana que nos llama á la iglesia?

Premetió cuánto quise, pero se retiró sin confianza, ni esperanza. No podia creer que yo renunciase á la victoria teniéndola entre manos.

Cuando fui proclamado prior por mayoría de diez votos, no hay para que pintar la angustia que contrajo su semblante. Parecia un hombre á quien el rayo hubiese carbonizado, en el momento mismo en que iba á tocar los astros. ¡Haberme tenido encerrado tres dias y tres noches, haberse lisonjeado de encontrarme muerto de hambre y de frio y de repente verme salir como de una tumba para arrancarle los

laureles y sentarme en lugar suyo en la cátedra del honor!

Todos vinieron á abrazarme y sufrí esta ceremonia sin desengañar al vencido, hasta que á su turno vino á darme el ósculo de paz. Cuando le hube hecho pasar por esta última humillacion, le tomé de la mano y despojándome de las insignias de que me habian revestido, le puse en el dedo el anillo y en la mano el báculo abacial; luego le conduje hasta la silla y arrodillándome ante él, le supliqué me diese su bendicion paternal.

Un inconcebible estupor reinó por un momento en el capítulo; al principio encontré muchos obstáculos para hacer admitir esta sustitucion de persona; pero los cobardes y los timoratos llevaron la mayoría á donde me plugo constituirla. El escrutinio de aquel dia no dió resultado alguno, pero el del dia siguiente produjo, gracias á mis diligencias y á mi influencia, el priorato para Donaciano. Me hizo la honra de dudar de mi lealtad hasta el último momento, sospechando siempre que yo fingía un exceso de humildad con el fin de asegurarme un poder sin límites para toda mi vida. Habia pocos ejemplos de que un prior no hubiese sido reelegido cada tres años hasta su muerte; pero el estatuto no dejaba por eso de estar en todo su vigor y la existencia de un rival importante podia turbar la vida del vencedor. Donaciano pensaba pues que por medio de una supuesta virtud y de un novelesco desinterés yo trataba de atraerme los que le quedaban mas adheridos, á fin de no temer reaccion alguna en contra mia al cabo de los tres años. Por lo demas, á este estatuto debo el que la tranquilidad de mi vida

quedase casi asegurada. Desde aquel día cesaron las persecuciones con que se me había oprimido hasta entonces y cuyos detalles he pasado en silencio, como accesorios de padecimientos mas reales y profundos. Tan solo hasta hace poco, viéndome Donaciano bajar á la tumba, ha cesado de temerme y ha alentado los antiguos rencores de sus paniaguados.

Cuando por fin se hubo proclamado su eleccion y no dudó ya de mi buena fé, su agradecimiento fué tan servil y tan exagerado que proclamé evadirme de él.

—Pagad vuestras deudas le dije al oído y no me agradezáis una accion que por mi parte no ha sido un sacrificio.

Se apresuró á nombrarme director de la biblioteca y del gabinete reservado á los estudios y colecciones científicas. Desde aquel momento gocé de la mas ámplia libertad en todas mis cosas y de todos los medios posibles para instruirme.

En el momento en que salía de la sala del capítulo para ir lleno de impaciencia á tomar posesion de mi nueva celda, levanté por casualidad los ojos hácia el retrato del fundador y entónces el recuerdo de los sucesos acontecidos días antes en aquella misma sala acudió á mi memoria de un modo tan distinto y sorprendente que me asusté. Hasta entónces las preocupaciones que habían llenado todas mis horas, no me habían dado lugar para pensar en lo pasado, ó mejor aun, yo creo que aquella parte del cerebro que conserva las impresiones llamadas poéticas y maravillosas (á falta de expresion mas exacta para designar las funciones del sentido divino) se había embotado en mí hasta el punto de no dar

cuenta á mi razon de los prodigios de mi libertad. Estos fenómenos permanecian envueltos en la misteriosa penumbra de un sueño, como vaga reminiscencia de hechos que han tenido lugar durante una calentura ó una embriaguez. Mirando el retrato de Hebronius volví á recordar distintamente la animacion de aquellos ojos pintados que de pronto habían tomado vida, volviéndose luminosos; y aquel recuerdo se adhirió tan extrañamente á mi entónces actual situacion, que me pareció ver otra vez adquirir vida á aquel lienzo y mirarme con ojos humanos, pero no con brillo sino con dolor y con aire de repulsa. Figuróseme que sus párpados se humedecian con lágrimas y sentime desfallecer; nadie me observaba pero un niño de doce años, sobrino y discípulo de Teologia de uno de los hermanos, estaba casualmente enfrente del retrato y casualmente tambien tenia los ojos clavados en él.

—¡Oh padre Alejo exclamó asiéndose con terror de mi vestido, ved el retrato llora!

Estuve á pique de desmayarme, pero hice un gran esfuerzo y le contesté:

—Callaós hijo mio y guardaós de decir semejantes cosas particularmente hoy. Seríais causa de la desgracia de vuestro tío!

El niño no comprendió mi respuesta, pero quedó asustado y no habló, á nadie que yo sepa, de lo que había visto. Padeció desde entónces una enfermedad de la cual murió al año siguiente en casa de sus padres. No he sabido bien los detalles de su muerte, pero se me dijo que en sus últimos momentos había visto una figura hácia la cual había querido lanzarse llamándole *pater Spiridion*. Aquel

niño tenía mucha fé, mucha inteligencia y mucha bondad. Solo lo he conocido algunas horas en la tierra, pero creo que volveré á encontrarle en una mas alta esfera. Era de aquellos que no pueden permanecer aqui bajo y que en esta vida ya tienen la mitad del alma en un mundo mejor.

Estuve entretenido algunos dias en preparar mi observatorio, en escoger los libros de mi preferencia, en colocarlos en mi celda y en arreglarlo todo en mi nuevo imperio. Mientras todo el convento se agitaba para celebrar la eleccion de su nuevo gefe entregándose los unos á sus sueños de ambicion, consolándose los otros de sus frustradas esperanzas en brazos de la intemperancia, yo experimentaba infantil alegria en aislarme de aquella turba insensata, buscando, olvidado de todos, sosegados placeres. Cuando hube concluido de arreglar la biblioteca, las colecciones de historia natural, y los instrumentos de física y astronomía, lo que hacia con tanto celo que todas las noches me acostaba rendido (pues hacia muchos años que todas aquellas preciosidades estaban descuidadas y en el mayor desórden) entré una noche en esta celda con increíble bienestar. Creia haber alcanzado una victoria mucho mayor que la de Donaciano y haber cimentado mi porvenir sobre las únicas bases que podian convenirle. Solo una pasion tenia, la del estudio. Iba á poderme entregar á él para siempre sin distraccion y sin temor. ¡Cuánto me aplaudia á mí mismo por haber resistido al deseo de huir, deseo que tantas veces habria turbado mi espíritu en años anteriores! ¡Habia sufrido tanto en tener que observar las minuciosas prácticas del catolicismo, no

abrigando ya fe alguna, ni simpatia alguna católica y me dolia tanto consumir en ellas un tiempo tan precioso! Habia llegado á despreciarme á mí mismo por el falso pundonor que me tenia ligado á mis votos.

¡Votos insensatos, juramentos impíos! habia exclamado muchas veces, no es el temor, ni el amor á Dios el que me impide violaros. Ese Dios no existe, no ha existido nunca: no es pues á un fantasma á quien guardo fidelidad, ni las obligaciones contraidas durante el sueño tienen fuerza, ni realidad. El respeto humano es el que os ha hecho conservar vuestro poder sobre mí, porque en mis dias de intolerante juventud y de fogosa devocion, he ajado en voz alta á los religiosos que apostataban, porque en otro tiempo he sostenido la tésis absurda de que el juramento es indeleble, por eso temo retractándome hoy ser despreciado de esos mismos hombres que desprecié.

Miles de veces me habia dicho éstas cosas, echándomelas luego en cara, muchas tambien resolví partir, ahorcar mi cogulla é ir en busca de la libertad de conciencia á un país mas ilustrado, á una nacion mas tolerante, Francia ó Alemania, pero nunca tuve valor para hacerlo; impidiéronmelo mil razones pueriles ú orgullosas. Acostéme aquel dia repasando en mi imaginacion todos aquellos motivos que por una razon natural, me complacia en encontrar excelentes, pues que desde entónces en adelante, el estado de monge y la estancia en el monasterio eran para mí, lo mejor que podia desear. Entre el número de estos motivos, recordóme mi memoria el deseo de poseer el manuscrito de Espi-

ridion y la importancia que un tiempo dí á la exhumacion de aquel escrito precioso. Apenas esta reflexion hirió mi espíritu, evoqué mil fantásticas imágenes. El cansancio y el sueño empezaban á turbar mis ideas. Hallábame en una disposicion extraña y tal cual no la habia experimentado hacia mucho tiempo. Mi razon, siempre soberbia, estaba en toda su fuerza y despreciaba profundamente las visiones que me habian asaltado en el catolicismo; explicábame los acontecimientos del 10 de Enero por causas enteramente naturales. El hambre, la calentura, la agonía de las fuerzas morales y tambien cierta secreta é insuperable desesperacion de perder la vida de un modo tan horrendo, debieron producir en mi cerebro un desórden próximo á la locura, entónces creí oír una voz que salia de la tumba y palabras que estaban en armonia con los sensibles recuerdos de mi precedente ser católico. Las fantasmas creadas en otro tiempo por mi imaginacion debieron sin duda reproducirse á la primera disposicion febril por una ley fisiológica, y en presencia de aquellas apariciones, la debilidad de mis fuerzas físicas debió impedir las funciones de la razon y neutralizar las potencias del juicio. Un acontecimiento fortuito, la entrada de algun criado en la sala del capítulo proporcionándome la libertad, mientras era presa de aquel delirio, debió hacerme atribuir mi salvacion á causas sobrenaturales. Lo de la vision se explicaba fácilmente por la lucha establecida en mí entre el deseo de recobrar la vida y la debilidad de mi sér. No habia pues en todo ello, nada de que mi razon no triunfase con palabras; pero las palabras no sustituirán nunca á las ideas y

aun cuando la mitad de mi espíritu se diese por satisfecho de esas soluciones, la otra mitad permanecía en gran turbacion y rechazaba la calma del orgullo y la sancion del sueño.

Apoderóse entónces de mi, un malestar incomprendible. Comprendí que mi razon por ingeniosa y prepotente que fuese, no podia defenderme contra los vanos terrores de la enfermedad. Recordé que las apariencias me habian dominado de un modo tal, que habia tomado mis ilusiones por realidades. No hacia mucho que lleno de calma, fuerza y alegria habia creído ver salir lágrimas de un lienzo pintado y oír las palabras de un niño que confirmaban aquel prodigio.

Es verdad que existia una tradicion acerca de aquel retrato. En mi crédula edad oía yo contar que lloraba cuando se elegian malos priores y el niño poseído á su vez de esta fábula podia haber sido fascinado por el miedo hasta el extremo de ver lo mismo que yo imaginé tambien ver. ¡Cuántos milagros no habian sido contemplados y atestiguados por millares de personas alucinadas todas espontanea y contagiosamente por la misma vehemencia del entusiasmo fanático! ¿Que tenia pues de particular ni sorprendente que fuésemos dos? pero que yo fuese una de los dos y que compartiese los sueños de un niño, hé ahí lo que me maravillaba y me humillaba extraordinariamente. ¡Y qué! pensaba yo ¿las imposturas del fanatismo cristiano dejan tan profundas huellas en el espíritu de los que han seguido su doctrina que despues de tantos años de desengaños seguidos de victoria, no estoy aun libre de ellas? ¿Estoy condenado á aguantar toda

mi vida semejante enfermedad? no hay pues medio alguno de recobrar enteramente la fuerza moral que ahuyenta las fantasmas y rompe las tinieblas con una palabra? ¿Por haber sido católico, no me será nunca permitido ser hombre y por el menor desfallecimiento del estómago, por el mas pequeño acceso de calentura, he de ser presa de los terrores de la infancia? ¡Ay! quizá sea esto un justo castigo de la debilidad con la cuál el hombre se doblega ante groseros errores. Tal vez la verdad venga rehusando iluminar enteramente los espíritus que la han despreciado mucho tiempo; quien sabe si los desdichados que como yo se han postrado ante los ídolos y han adorado la mentira están marcados con un sello ineludible de ignorancia, de locura y de cobardía, puede que mi seco cerebro se entregue á la hora de la muerte á despreciables espantajos; tal vez Satanás, venga á atormentarme y muera invocando á Jesus como hacen muchos desgraciados filósofos en quienes semejantes enfermedades de espíritu revelan y explican la lucha de la miseria humana con la luz celestial.

Entregado á aquellos dolorosos pensamientos, me dormí muy agitado y temiendo ser juguete de algun sueño, aterrorizándome tanto mas de esta perspectiva cuánto que mi razon me demostraba las causas y consecuencias que podía acarrear.

Tuve entónces un sueño extraño. Imaginéme haber vuelto á los tiempos de mi noviciado. Veíame vestido con hábito blanco, ligero bozo sombreaba apénas mi cara; paseábame con todos mis compañeros y Donaciano en medio de todos, recogia

nuestros sufragios para su eleccion. Díle mi voto con indiferencia, como los demás, para evitar persecuciones. Entónces se retiró lanzándonos una mirada desdeñosa y triunfante y vimos acercarse á nosotros á un hombre jóven y hermoso, que todos reconocimos por el original del retrato de la sala del capítulo; pero como sucede en los sueños olvidamos enseguida nuestra sorpresa y aceptamos como cosa cierta y posible que hubiese vivido hasta entónces y aun algunos atestiguaban haberle conocido siempre. En cuánto á mí solo conservaba de él un recuerdo confuso y fuese por costumbre ó por simpatía me acerqué á él con cariño, pero á todos nos rechazó con indignacion.

—¡Jóvenes desgraciados! nos dijo con voz llena de calma y de melodía aun en la misma cólera ¿es posible que vengais á abrazarme despues de la cobardía que acabais de cometer? ¡Y qué! ¿hasta tal punto de egoismo y de embrutecimiento habeis descendido que elegís por jefe, no al mas virtuoso, ni al mas capaz sino al que sabeis mas tolerante para el vicio y más insensible á la generosidad? ¿Así es como observais mis estatutos, es este el espíritu que con tanto afan procuré inculcar en vosotros; es este el estado en que os encuentro despues de haberos dejado por algun tiempo?

Entónces se dirigió á mí en particular y señalándome á los otros dijo:

Hé aquí al mas culpable de entre vosotros, pues por su espíritu es ya un hombre y conoce el mal que hace. Su ejemplo es el que os arrastra porque le considerais henchido de sabiduría. Todos le amais, pero él aun se estima más á si mismo. Des-

confiad de El, es un orgulloso y el orgullo le ha vuelto sordo á la voz de la conciencia.

Y como una nube de tristeza y de vergüenza cubriese mi frente, me reprendió con severidad, pero cogiendo mis manos con una efusion de paternal enojo y mientras me echaba en cara mi egoismo, mientras me decia que habia sacrificado el sentimiento de justicia y el amor á la verdad, al vano placer de instruirme en las ciencias, conmovióse y vi sus mejillas inundarse de lágrimas. Corrieron las mias abundantemente porque sentia el aguijon del remordimiento y el agudo dolor de un corazon destrozado. Apretéme entónces contra el suyo ternura y sentimiento, y me dijo entrecortadamente:

—Lloro por tí porque á tí mismo es á quien has causado el mayor mal y tu vida entera estará consagrada á expiar esa falta. ¿Tenias acaso el derecho de aislarte entre tus hermanos y decir: Todo el mal que desde hoy en adelante se haga aquí, me es indiferente porque no abrigo la misma creencia que ellos, porque merecen ser tratados como perros y porque aquí, yo no estimo mas que mi reposo, mis libros, mis gustos y mi libertad? ¡Oh Alejo, desgraciada criatura, serás un viejo desgraciado porque has perdido el sentimiento del bien y el odio al mal, porque has sufrido silenciosamente el triunfo de la iniquidad, porque has preferido tu bienestar á tus deberes, y con tus propias manos has levantado el trono de Baal en este rincon de la sociedad humana, en el cual te habias retirado para cultivar el bien y servir al verdadero Dios.

Agitábame angustiosamente en mi lecho para escapar á aquellos reproches, pero no pude conse-

guir despertarme; perseguíame con una verosimilitud, con una hilacion y una oportunidad tan extraordinarias que me arrancaron lágrimas amarguísimas, cubriéndome al propio tiempo de tal confusion que me seria imposible decir hoy dia si aquello fué sueño ó realidad. Poco á poco reaparecieron todos los personajes. Donaciano furioso se adelantó hácia Espiridion, cuya voz se estinguió y cuyas facciones se borraron. Donaciano entónces gritó á sus viles partidarios:

—¡Destruidle, destruidle! ¿Qué viene á hacer entre los vivos? Hacedle entrar de nuevo en la tumba, volvedle á la nada!

Entónces los monjes trajeron leña y teas encendidas para quemar á Espiridion, pero en lugar del que me habia anonadado con sus reprensiones, inundándome con sus lágrimas, solo vi el retrato del fundador que los secuaces de Donaciano arrancaban del cuadro y arrojaban á la hoguera. Tan pronto como el fuego empezó á consumir el lienzo, tuvo lugar una horrible metamórfosis. Espiridion reapareció vivo agitándose en medio de las llamas y gritando:

—¡Alejo, Alejo! tu eres quien me das la muerte!

«Me arrojé en mitad de la hoguera y solo encontré el retrato hecho cenizas. Varias veces la figura viviente de Hebronius y el inanimado lienzo que la representaba se cambiaron el uno en otro; tan pronto en medio del incendio veía arder la hermosa cabellera de mi maestro, el cuál volvía hácia mí sus ojos llenos de dolor y de cólera, como solo vislumbraba yo una efigie que ardia entre las groseras exclamaciones y las estúpidas carcajadas de los

frailes. Despertéme bañado por el sudor y quebrantado por la fatiga. La almohada estaba empapada de mis lágrimas; levantéme y abrí precipitadamente la ventana. El alba disipó mi sueño y mis ilusiones, pero todo el dia permanecí abrumado de tristeza y conmovido por la fuerza de los justos reproches que aun resonaban en mi oido.

Desde aquel dia me consumió el remordimiento. Reconocía en aquel sueño la voz de mi conciencia que me decia como en todas las religiones, en todas las filosofías, era un crimen fomentar el engaño y comerciar con el vicio. Por aquella vez la razon confirmaba este decreto de la conciencia, la cuál me mostraba en lo pasado á Espiridion como á un hombre justo, severo, incorruptible, enemigo mortal del egoismo y de la mentira, decíame que cualquiera sea el paraje de la tierra donde nos haya echado la suerte, por falsa que sea nuestra situacion, por degradados que estén los seres que nos rodeen, nuestro deber consiste en trabajar siempre para combatir el mal y hacer triunfar el bien. Instintos de nobleza y dignidad que abrigaba mi pecho me decian que en semejante caso aun cuando no pudiésemos hacer bien alguno, era hermoso morir padeciendo y resistiendo al mal, mientras era cobarde tolerarlo para vivir en paz. Aquellos estudios de que tanta dicha habia esperado, no me causaron ya mas que disgusto. Mi alma entorpecida, se extravió en vanos sofismas é inútilmente traté de arrojar de mí con malas razones el descontento que me roia. En esta disposicion de ánimo temia tanto ser presa de nuevas alucinaciones que luché contra el sueño durante muchas noches. A consecuencia de

estos esfuerzos me acometió una excitacion nerviosa peor que la debilidad de las facultades. Las fantasmas que temia ver durante el sueño, se presentaron aun mas espantosas ante mis abiertos ojos. En todas las paredes parecíame ver escrito con letras de fuego el nombre de Espiridion. Indignado de mi propia debilidad, resolví poner fin á aquellas angustias con un acto de valor. Tomé la determinacion de bajar á la tumba del fundador y sacar el manuscrito. Hacia tres noches que no dormía. La cuarta, á eso de las doce, tomé un escoplo, una luz, una alzaprima y penetré silenciosamente en la iglesia, bien decidido á ver aquel esqueleto y tocar aquellos huesos que hacia seis años ya, revestia mi imaginacion con formas celestes y que mi razon iba á restituir á la eterna nada contemplándolos con calma.

«Llegué á la piedra del *Hic est*, levantéla sin mucho trabajo y empecé á bajar la escalera; acordábame de que tenia doce peldaños, pero habia bajado solo seis cuando mi cabeza se extravió. Ignoro lo que pasó dentro de mí, á no haberlo experimentado, nunca pudiera creer que las valentias de la vanidad encubriesen tanta debilidad y tan cobardes terrores. El frio de la calentura se apoderó de mi cuerpo; el miedo me hacia dar diente con diente, dejé caer la lámpara y doblaronseme las rodillas.

Un espíritu sinceramente humilde no hubiese tratado de superar aquella angustiosa situacion; hubiérame abstenido de llevar adelante una prueba que era superior á sus fuerzas, dejando la empresa para momento mas favorable y esperado pacientemente que sus facultades mentales se hubiesen serenado; pero yo no queria tener mas el mentís, ante mi vis-